9 milímetros

Luis Londoño Benveniste

Primera edición, mayo de 2026
© Luis Londoño Benveniste, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 979-13-88206-35-1
THEMA: FH - FHD
DEPÓSITO LEGAL: xxxxx

9 milímetros

Luis Londoño Benveniste

Avant
editorial

A mis pacientes correctores
Nelson Pardo, María Helena Arango,
Jesús Eduardo Arbeláez, y a Oscar Fernández de la editorial.
Muy especialmente agradezco a mi editora,
Camila Ramírez Cuervo, cuyas orientaciones editoriales
me permitieron intentar lograr un mejor manuscrito.

MISIÓN

«¿A quién se le habrá ocurrido la idea de colocar una oficina en el entrepiso del último piso del edificio?», se preguntaba Rafael con frecuencia, cuando subía o bajaba los siete escalones que, en el piso octavo, lo distanciaban del resto del personal. Desde la silla ejecutiva ergonómica de su oficina, tapizada en cuero verde oliva, podía divisar los siete cubículos en el piso inferior asignados al personal a su cargo.

A espaldas y a la derecha de la silla, un archivador metálico con tres cajones fijado a la pared con cerradura de clave para el debido guardado documental. Sólo él y Gladys —Gladíolo como él afectuosamente la llamaba—, encargada del archivo, conocen la clave para liberar los cajones del hermético cierre. Siempre, y esa era la orden, los documentos una vez consultados debían guardarse fuera del alcance de la vista de terceros no autorizados. Encima del archivador una impresora multifuncional que copia, imprime y escanea documentos. Un escritorio de diseño en madera con un reluciente barniz caoba con cajón largo bajo la tapa de la mesa para almacenar papel y elementos de oficina. Rafael acostumbra a agregar notitas sobre aquello que llamara su atención mientras leía un documento, clasificado o no. A la derecha del escritorio un enorme ventanal servía de fuente natural de iluminación para él y los cubículos de su equipo de trabajo ubicados siete escalones abajo. A través de los cristales podía divisar parte

del extenso jardín que rodea al edificio, el prado como de campo de golf, plantas ornamentales y la hermosa cerca viva que encierra el borde del lote a excepción de la puerta de entrada.

Él mismo decía en sorna a sus colaboradores que sólo le asignaron siete porque sólo había siete espacios al igual que siete escalones. Al conjunto lo denominó con el mote de «77». Giró la silla y vio que el reloj digital adosado a la pared del fondo señalaba las 4 horas, 5 minutos y 12 segundos. Rafael sonrió con picardía y se dijo: «Para ser una instalación militar el reloj debería registrar: 16:05:12». Habían transcurrido poco más de cinco años desde que se incorporó al servicio del Departamento de Inteligencia del Ejército (DIE) y en los dos últimos años como jefe de la División de Terrorismo Urbano, cargo debidamente marcado con letras negras en el vidrio de acceso a la oficina. El trabajo en inteligencia como el de Rafael, no se limita al quehacer de escritorio; con frecuencia, conlleva riesgo en la integridad personal, puesto que la recopilación de información en la calle y en los operativos de respuesta frente a amenazas para la seguridad acarrea confrontación con personas y/o grupos calificados como amenaza.

Luego del almuerzo, Rafael llevaba largo rato distraído en recuerdos familiares. Le producían nostalgia cuando las reminiscencias se trataban de su madre y hermanos en tanto que afloraban recuerdos menos amables cuando referían a su progenitor. En un parpadeo, se veía gozando al empujar a su hermana en una llanta colgada del naranjo que servía de columpio en la casa rural familiar y luego alternaba a la escena cuando su padre regresaba alicorado y lo maltrataba a él o a su madre.

Uno de los pocos implementos sobre el escritorio, el teléfono fijo, interrumpió los recuerdos. Por el sonido aletargado como de campanitas comprendió que le llamaban de una extensión interna, de lo contrario, de ser una llamada externa, escucharía tres

sonidos continuos roncos. Prefería levantar el auricular que usar el altavoz; y tenía muy presente la molestia que le causó aquel par de oportunidades, cuando un tercero presente se enteró de algo no conveniente por estar en uso el altoparlante. La voz musical de Yolanda, secretaria del jefe, le transmitió la orden de presentarse a su despacho.

Para Rafael, además de gustarle la voz de la secretaria del jefe, le parecía muy atractiva, amable, culta, decente, discreta, sensible y le encantaba la cadencia de su hablar, que cuando la escuchaba sentía que las palabras flotaban como notas musicales. Imaginaba cómo sería pasar una tarde con ella, compartir recuerdos, comer un helado juntos o tal vez algo más atrevido, tomar una cerveza. «Tal vez debo proponerle salir junto con Ernesto y su novia. ¿Estará comprometida? Trabajo en inteligencia y poco sé de ella». No quería insultarla haciendo averiguaciones al respecto, así ella no se diera cuenta. Como militar con sentido profundo del honor, investigarla a espaldas de ella era más grave que hacerlo de frente. Aquellas veces que la había visto fuera de la oficina, le encantó ver lo discreto y elegante de su vestir, lo bien que la realzaba el maquillaje y accesorios. Por timidez, algunas malas experiencias y el que ella fuera la auxiliar operativa de su superior lo frenaba para seducirla. En todo eso, se distraía pensando mientras descendía los siete escalones que lo separan de su equipo y se dirigía al largo corredor interno que conducía hasta la oficina del mayor Benavides.

—¡Caray capitán, que elegancia! Rara vez usa el uniforme.

—Cosas del trabajo, mi estimada Yolandita.

—¿Sólo eso? Siga capitán.

El radar emocional de Rafael no le permitió distinguir si la respuesta de ella se refería al vestido o al cumplido de él.

—Gra… gracias.

El que Rafael ingresara a Inteligencia y que ascendiera en los cargos que ha desempeñado desde su ingreso se debe a la promoción por la evaluación ordenada por el subdirector, el mayor Benavides, razón por la cual el capitán le tiene especial agradecimiento. Cuando ingresó a la Academia de Oficiales, el mayor era el director de esta y profesor titular de Formas No Convencionales de Intervención. Para Rafael, el mayor es un profundo, si no el mejor conocedor de estrategias de reacción «en caliente», como lo dicen coloquialmente dentro de la institución, para referirse a "bajo presión".

Al entrar al despacho del jefe, notó que también estaba presente el teniente Ramiro Malagón, director del Centro de Comunicaciones; se saludaron de manera formal reglamentaria. El mayor invitó a Rafael a sentarse al lado de Ramiro. Casi no alcanza Rafael a ocupar su puesto cuando el teniente activó una grabación en su ordenador portátil. En escasos cincuenta segundos una voz distorsionada, probablemente masculina, comunicaba la fecha y ruta del movimiento de un contingente de uno de los batallones de alta montaña. El teniente explicó que el Centro detectó, tras largo análisis de llamadas captadas por radioescuchas, el mensaje que acaban de escuchar y que había sido compartido entre equipos de comunicación civiles.

—El contenido de esas escuchas es particularmente grave, puesto que compromete la seguridad e integridad de tropas y equipos —recalcó el mayor, como si el teniente y el capitán no lo percibieran—. Ya se dio avisó a los comandantes respectivos para hacer los ajustes en desplazamientos de pertrechos y soldados. Tenemos un grupo dedicado a encontrar cómplices internos, ya sean militares o de la policía, que filtraron información y

le ordeno a usted, capitán, identificar los sospechosos conversadores que transmitieron información clasificada. Utilice el personal y recursos que requiera.

—Así lo haré, mi mayor.

—Es una simple y sencilla misión la que le estoy ordenando, de manera que quiero un reporte escrito en mi escritorio en dos semanas. ¿Entendido?

—Fuerte y claro, señor —y salió del recinto; le sonrió a Yolanda, y ella lo imitó.

EJECUCIÓN DE LA MISIÓN

«Tal vez no va a llegar sangre al río —pensó Rafael—, pero aquello de sencilla y simple, tampoco». De regreso a la oficina, inició la planificación de la misión. Necesitaba personal de apoyo interno y un compañero en terreno. Digitó la clave para abrir el archivador y sacó las carpetas de todos sus colaboradores. Repasó algunas de ellas, incluidas la de Gladys y la de Felipe. La primera, la del jefe del archivo, muy eficiente en búsqueda de documentos, como ratón de biblioteca y el segundo excelente en redes sociales, pero poco discreto. Para la parte de terreno en esta misión requería alguien polifacético, mesurado y versado en actividades estratégicas y de campo. En el archivador reposa copia del expediente de todo el personal a su cargo con notitas adhesivas, escritas por él, resaltando destrezas y falencias del personal a su cargo.

Repasar los expedientes no le fue de gran utilidad. En realidad, él conocía bien a sus colaboradores y en diversas oportunidades había participado con ellos en operativos y evaluado sus habilidades y corregido sus faltas. Seleccionó al subteniente Ernesto González como la persona más apropiada para la parte de campo de la misión. Rafael pensó que aquel era el apropiado para el propósito, puesto que sabía arriesgarse sin poner en peligro a otros o a la misión, se desempeñaba con soltura al descubierto, discreto y buena compañía.

Aunque según el mayor la misión no revestía particular peligro, extrañamente Rafael asoció al suboficial con aquella curiosa cábala que le auguraron a Ernesto el día de su bautizo.

«Tenía cerca de un año de nacido, capitán, cuando mi abuela materna organizó una gran fiesta para celebrar mi nacimiento y bautizo. Ella estaba feliz porque yo era su primer nieto. Los presentes degustaron una lechona completa, con papa salada, longaniza, chorizo y la infaltable cerveza en las celebraciones rurales. Parientes y vecinos cantaron y bailaron a la par de la música que emanó de la radio. Los que recuerdan ese suceso me contaron que fue una de las mejores celebraciones bautismales de la región de no ser por la muerte fulminante de mi abuela en medio del ágape. En un santiamén trocaron vestidos de alegría por el negro de riguroso luto. "*Ese niño quedó marcado. No hay forma de que se salve de un oscuro final*", decían en voz baja las comadronas más viejas, dizque las más sabias del pueblo. Cuando mi mamá escuchó tal pronostico, me contó años después, dijo: "Siquiera el niño no se dio cuenta". Pero si me di cuenta, porque en el colegio mis compañeros me recordaban el inri que pesaba sobre mí; pero al crecer y ser el más alto y fuerte del grupo me dio ventaja a la hora de los golpes para sacudirme de los comentarios». Y recordaba Rafael la manera como se reía Ernesto burlándose de las matronas del pueblo.

Ya habían trabajado juntos en otras oportunidades. «Y que, de nuevo, en esta misión no tengan razón las agoreras del pasado», pensó Rafael. Repasó el expediente de Ernesto: constaba que trabajó un par de años como jornalero agrícola después del fallecimiento de su padre, se incorporó como soldado y por su desempeño lo transfirieron al batallón de entrenamiento de soldados profesionales. Rafael lo conoció en reunión para seleccionar

personal para inteligencia; y le llamó la atención la naturalidad, la desenvoltura y lo detallado como describió su entrenamiento y experiencia como soldado, tal como consta en trascripción de lo grabado en la carpeta correspondiente:

«Fui asignado al centro de entrenamiento del Batallón IV del Ejército. El aprendizaje en la soldadesca fue severo: mucho ejercicio, pocas horas de sueño y comida escasa. Como parte de las actividades debía aprender a reconocer y usar el rifle de dotación, al igual que cargar un pesado morral con unos 25 kg de peso, con alimentos, medicamentos, cuchillo, visor e impermeable, que cargué en varias salidas nocturnas, con mis compañeros, bajo la lluvia, perseguidos o en persecución. Tras seis meses de rudo adiestramiento me remitieron junto a un contingente de treinta y dos compañeros, a la zona roja al sur del departamento. Participé —y así consta en registros—, en varias operaciones conjuntas con la Policía para perseguir delincuentes responsables por laboratorios para procesamiento de alcaloides. Me afectó mucho que murieran varios compañeros durante los enfrentamientos, pero al menos dimos de baja a varios facciosos e incautamos cientos de kilos del producto y destruimos laboratorios y campamentos».

Dentro del expediente de Ernesto hay constancia de que le otorgaron medalla por valor. También la nota que escribió el oficial a cargo del pelotón: «El soldado Ernesto González demostró, en varias oportunidades, su valor y destreza para confundir al enemigo y preservar la vida en riesgo de sus compañeros». Por su parte, el psiquiatra del batallón anotó que «el sodado González reprime sus emociones al momento de actuar, lo que lo habilita para tomar decisiones en situaciones de estrés».

Por el conocimiento que adquirió de la lucha antiguerrillera, su valor y su rápida adaptación en situaciones adversas, lo

enviaron al centro de inteligencia de la capital, al cual ingresó en calidad de auxiliar. Además de simples tareas rutinarias, su entrenamiento incluía varias horas de estudio sobre diversas formas de lograr superioridad en la información, clave para la seguridad, y obtener herramientas para reducir la incertidumbre en las actividades operacionales del Ejército.

Estudió con gran dedicación las diferentes formas de extraer información, así como analizarla y aprovecharla como ventaja táctica. Aprendió sobre interceptación de comunicaciones y de redes sociales, sobre métodos de interrogación y las diversas formas de infiltración en campo. Logró un razonable manejo del inglés. Por su empeño y dedicación lo eximieron de tareas rutinarias como la de ser vigía o conductor de un superior; todo un ascenso en la escala de auxiliares, y lo transfirieron hacia nuevos niveles de entrenamiento sobre inteligencia.

Rafael fue instructor de Ernesto y recuerda que entablaron una buena conexión y amistad. Tuvo muy en cuenta Rafael la audacia y capacidad de Ernesto para evitar ser detectado y, por ello, lo recomendó para hacer los cursos como suboficial y, un par de años después, celebraron juntos su ascenso en el escalafón.

Rafael recuerda que Ernesto en diversas ocasiones repetía aquella frase que él les repetía como un mantra a los alumnos: «Para un soldado el arma es su herramienta. Para los de inteligencia, la información es su arma».

Tomó Rafael el teléfono, marcó la extensión 1134 y le solicitó a Ernesto presentarse en su oficina. Una vez este llegó, le resumió el trabajo que tenían por delante.

—¿Dos semanas?

—Eso dijo.

—¿Y lo cree posible?

—Es el tiempo que tenemos. Comencemos por identificar a ese par.

La triangulación de llamadas, como el apoyo del equipo de base, llevó a Rafael y a Ernesto, tras continuo esfuerzo, a encontrar a un personaje escurridizo, propietario de uno de los teléfonos incluidos en las grabaciones ilegales. Lo describieron en las anotaciones del operativo como paranoico, puesto que según ellos el sospechoso tenía sistemáticos comportamientos: tales como salir a la misma hora a almorzar a un par de restaurantes populares usando rutas alternas y pendiente de que no se le estuviese siguiendo. Mostraba igual comportamiento al regreso a la casa. Lo denominaron X y lograron tomarle algunas fotos desde diversos ángulos.

El restaurante El Sol fue usado con frecuencia por Rafael y Ernesto para reunirse y compartir información sobre las actividades de rastreo. En esos encuentros Leydi Dayana figuraba no solo como camarera del mesón, sino como pareja sentimental de Ernesto. Rafael estaba de acuerdo con Ernesto en que la comida típica de allí era muy gustosa y de ahí el éxito del establecimiento y de que la amabilidad y simpatía de la hermosa mesera mejoraba y adornaba la calidad del sitio. A Ernesto le alegraba el comentario de su jefe. Rafael varias veces felicitó a su alumno por tener tan buen complemento emocional y le comentó que en cierta forma le envidiaba. «Capitán, ya encontrará a alguien que le mueva el piso. ¿Quizá Yolanda?».

Cuando necesitaban reunirse para trabajar, le avisaban a Leydi para que les alistara y reservara una mesa relativamente oculta. A veces, almorzaban o se encontraban en la tarde para departir con un café y un pedazo de torta de la abuela, una de las especialidades del sitio. En algunas oportunidades, ella colaboró

haciendo llamadas simulando ofertas comerciales para obtener o confirmar información.

Hicieron, alternadamente entre ellos, el rastreo de **X** y lograron establecer la que parecía ser su residencia, en la cual habitaba con una mujer de unos 35 años y un niño, probablemente hijo de la pareja. La casa de dos pisos, con muros revestidos en cemento pintados de gris oscuro y con el marco externo de las ventanas vino tinto. Una construcción pequeña y esquinera, entre dos casas grandes, que, según logró saber Leydi, era objeto de disputa por la propiedad entre sus dos vecinos, que aceptaron un arriendo compartido mientras dirimían su litigio. Con el debido cuidado Ernesto se acercó al vehículo de **X** y le colocó un rastreador.

En uno de los seguimientos rutinarios al sujeto, les llamó la atención aquella noche en la que el vehículo marcado se estacionó al frente de una residencia, en un exclusivo barrio al norte de la ciudad. **X** se apeó con un maletín que entregó en la puerta a la empleada de servicio. «¿Qué llevaba en el maletín? Dinero y/o documentos, ¿por qué razón y para quién?».

Lo siguiente que debían hacer era identificar a los residentes de la casa. Sin gran dificultad y en turnos, tomaron fotos y concluyeron que la mansión la habitaba un hombre de edad avanzada, una mujer de unos treinta y dos años —de quien luego comprobaron que se trataba de una profesora universitaria— y un hombre de unos cuarenta y cinco años. Imaginaron que lo más probable era que este último fuera el destinatario del maletín y de las escuchas que originaron la misión.

En un seguimiento, observaron que **X** tiró una botella plástica de agua desocupada; la recogieron y la enviaron al laboratorio. En la prueba de ADN no hubo coincidencia puesto la base de datos del país solo recoge información de sentenciados por delitos penales. En lo que si lograron éxito fue la comparación

de huellas y foto que según la Registraduría Nacional del Estado Civil correspondían a Humberto Sastoque. Consultado el archivo del DIE, encontraron que ese personaje estaba debidamente registrado como un expolicía con amplio prontuario por presunta participación en secuestros, extorsiones y tráfico de estupefacientes. Respondía al alias de la Sombra.

Según pudieron establecer, Humberto tenía poca presencia en redes sociales y escaso uso del teléfono. En una de las fotos que colgó en su página de Facebook, vestido de agente de la policía, apareció, en lo que parecía ser una fiesta celebrada varios años atrás, junto con un señor etiquetado como Hernando Rodríguez, el de la mansión del norte, el hombre que recibió el maletín. No cabía duda, se conocían.

Recurrieron al catastro municipal para establecer quien era el propietario de la vivienda donde se hizo la entrega del maletín; de conformidad con los registros encontrados, el predio pertenece a Santiago Jiménez Rodríguez. De acuerdo con Catastro, el propietario tenía, para la época de la investigación, ochenta y dos años. Debían averiguar la relación o parentesco entre quien recibió el maletín y los demás habitantes de la casa del señor Jiménez, e intentar saber cuál era el contenido del maletín. Leydi logró establecer —con el vigilante ocasional del barrio y simulando buscar una dirección para un trabajo como doméstica— que el vehículo estacionado al frente de la residencia señalada pertenecía al señor Hernando Rodríguez, aunque luego comprobaron que, según el Registro Único de Transporte, el propietario es el señor Santiago Jiménez. También supo por el vigilante que la señorita que vivía en esa casa era profesora de yoga y nieta del propietario.

Se divirtieron Ernesto y Rafael al oír la ingenuidad que mostraba Leydi cuando preguntó: «¿Para que alguien interfiriere llamadas de los militares?». Rafael contestó: «La vida de muchos

depende de ello y de ahí el interés de los enemigos de la patria de saber dónde y cuándo se mueven las tropas». La mesera quedó impresionada de la convicción con la que hablaban sus amigos de esos temas y de lo mucho que significaba el trabajo de ambos. «¿Ese tal Humberto y el señorito de la casa grande están metidos en eso de lo de las llamadas?». «Sí, eso parece».

El capitán entregó al subdirector de Inteligencia un resumen del reporte sobre la misión que le encargó que rezó así: «Un familiar de Santiago Jiménez Rodríguez, dueño de una mansión en el norte de la ciudad, recibió un maletín de mano de Humberto Sastoque, alias la Sombra, expolicía corrupto y uno de los involucrados en las escuchas».

Al mayor Benavides no le pareció gran cosa lo informado. «¿Dos semanas para esto?» y les ordenó que la próxima vez llegaran con información detallada del nexo entre los implicados. El capitán Rafael Cantor y el suboficial González se propusieron terminar la tarea encomendada.

Rafael indagó en internet el nombre de Hernando Rodríguez y encontró buena cantidad de coincidencias, lo que no era raro puesto que es un apellido frecuente en el país. Tampoco podían descartar los que viven en el extranjero y, tal vez, al que vieron puede ser un residente del exterior de visita. Algunos con el mismo nombre eran médicos de diferentes especialidades y de algunos existía dirección y teléfono de su consultorio; un par de veterinarios, un terapeuta, abogados, dueños de algún comercio y un dentista. La búsqueda por ese medio no fue de gran utilidad.

Recurrieron al seguimiento de Hernando Rodríguez a partir de la conocida residencia en el norte de la ciudad. Algunas veces, lo vieron salir caminando y, varias calles después, tomaba un taxi, lo que dificultaba su persecución. Otro día, lo avistaron cuando